



MARÍA MAIZKURRENA

## Planes

El escritor John Le Carré ha dicho que «estamos divididos entre los afectados por la recesión y aquellos que simplemente la observan». Él tiene la suerte de contarse entre los que la observan. Por eso contempla el momento histórico con optimismo. Como estamos en un punto de inflexión, los motivos para el optimismo existen (también los que alimentan el pesimismo). Hace sólo una década era impensable que el G-20 se planteara hacer una lista negra de paraísos fiscales y someterlos a asedio. Hace sólo unos años, se hablaba de reguladores y de regulaciones mundiales, pero ¿quién escuchaba? Muchas cosas que no querían ser vistas se han hecho evidentes: es difícil no percibir un muro después de chocar contra él. Causa y consecuencia a la vez de esa visibilidad es el hecho de que el representante máximo de la secta de los ciegos ya no gobierna los EE UU. Barack Obama ha terminado su gira por Europa prometiendo que EE UU liderará la lucha contra el cambio climático, la cual está estrechamente vinculada a la superación de la crisis económica sobre bases estables. El mundo necesita un «cambio de modelo energético», pero es difícil que se produzca si las grandes economías y los países que tienen la clave tecnológica no tiran del mismo. España tiene alguna llave, le faltan muchas, pues es un país que invierte en ladrillo y en futbolistas, no en investigación y ciencia. Cuando EE UU esté en condiciones de vendernos coches eléctricos, las plantas de montaje correspondientes y la infraestructura de abastecimiento, tendremos coches eléctricos. El informe Stern recomienda invertir al menos un 20% de los fondos de recuperación en tecnologías de baja emisión de CO<sub>2</sub>, aislamiento de los edificios y transporte público. A veces están claros los principios generales, pero falla su aplicación. No ha sido muy buena la gestión de la energía fotovoltaica por el Gobierno central: en lugar de instalarse allí donde permite recortar la factura energética de inmediato (o sea, sobre los edificios) ha hecho aparecer inmensos campos de paneles solares y mucha especulación. Por otra parte, el famoso fondo de inversión local genera campos de fútbol y áreas de skate, pero ¿a nadie se le ha ocurrido montar una planta compostadora en su municipio, aunque produzca beneficios y puestos de trabajo durables? Filósofos y sociólogos hablan de que necesitamos una «política del conocimiento»; quizás todavía son pocos los que escuchan.

■ m.maizkurrena@diario-elcorreo.com

# Freud en Euskadi

PEDRO LARREA

El autor da crédito a la estabilidad del acuerdo PSE-PP en Euskadi. «Les unen, además del interés, otros lazos psicológicos profundos, que van desde el impulso primordial de autoconservación hasta procesos más complejos de sublimación: no en vano son personas que comparten una misma experiencia de dolor, amenaza y persecución, así como ideales liberales y democráticos»

Concedía Antonio Basagoiti que en su rollito con Patxi López había más sexo que amor; aspirando a un razonable matrimonio de conveniencia, ya felizmente celebrado. No es la primera vez que el discurso del poder se apoya en el lenguaje erótico para designar categorías o describir situaciones políticas. La ‘erótica del poder’ se ha convertido en una expresión trivial. Algunos califican de libidinoso la relación que un líder mantiene con su electorado fiel. Decimos que la política es pasión, o que hace ‘extraños compañeros de cama’ (no tanto como el matrimonio de verdad, añadía Groucho Marx).

Esta aproximación lingüística entre sexo y poder no es caprichosa, ya que estamos ante dos de los impulsos más vigorosos del psiquismo humano. Freud reservó el nombre de ‘libido’ para la energía psíquica específica de la pulsión sexual. Su discípulo Jung, por el contrario, lo amplió identificándolo con la energía psíquica en general. En la concepción freudiana, el depositario de estos impulsos es el inconsciente, el ‘ello’ oscuro y emocional de nuestro aparato psíquico, gobernado por el principio de placer; es decir, por la inclinación compulsiva a la satisfacción inmediata del deseo. Pues, en efecto, somos deseo; en el comienzo fue el deseo y no el verbo; nuestros sueños son deseos irrealizados; los grandes mitos de

la Humanidad son hijos del deseo; y, apostillando con Marcuse, «la organización social de la existencia humana descansa sobre los deseos y las necesidades básicas de la libido».

El pensamiento desiderativo es una manifestación genuina del principio de placer. Producimos un pensamiento impregnado de deseo. Placer y displacer; euforia y duelo, victoria y derrota son, en el extremo, situaciones propicias para el trastorno emocional de la razón. Los procesos electorales son magníficas exhibiciones de erotismo político. Primero, las campañas, la manifestación del deseo en estado puro, las promesas irrealizables, el autoengaño grosero, los cálculos fantasiosos, la seducción impúdica; luego, el momento inenarrable del recuento, orgasmo y subidón para unos, gatillazo y bajón para otros; finalmente, la instalación en el dulce lecho del poder o la amargura de su desalojo. Es el tiempo del deseo y de los discursos del deseo.

El 1 de marzo hubo un perdedor, el nacionalismo vasco, tanto en su versión radical como moderada. Perdió la izquierda abertzale de Batasuna, que entregaba más de treinta mil votos a Aralar. ‘Son votos prestados’, decía la declaración desiderativa. Pero nunca más volverán, salvo que Batasuna se ‘aralice’. Y perdió el PNV, ocupante sempiterno de una inmensa parcela de poder. Ejemplo de análisis post-electoral desiderativo: ‘Hemos ganado porque somos el partido más votado. Somos víctimas de maniobras extra-electorales y de pactos antinatura. Estamos ante un gobierno efímero. Tenemos capacidad para forzar las cosas en Madrid. Gobernaremos desde la oposición’.

Venció el PSE, que es el partido que pone lehendakari, forma gobierno, se asegura la mayoría parlamentaria, lidera la política y pasa a controlar la mayor parte de los recursos políticos autonómicos. Escuchemos el principio de placer: ‘El cambio era una demanda clamorosa de la sociedad vasca. Haremos un gobierno monocolor, pero abierto a la ciudadanía, coaligado con ella y entroncado con sus necesidades auténticas; y, lo que es definitivo, un gobierno de todos y para todos, sin frentes ni exclusiones’.

Pero el gran triunfador, en términos relativos, fue el PP. Llegó al 1-M acosado por los jueces y desquiciado por la crisis interna, con un liderazgo cuestionado por propios y extraños. Hoy, tras una sangría de más de sesenta mil votos, la cabeza de Rajoy permanece intacta, las diferencias en intención de voto respecto a los socialistas se estrechan y el partido se ha convertido en el guardián de la ortodoxia del cambio en Euskadi. He aquí la voz del deseo: ‘Somos imprescindibles para un Patxi López sin alternativa, lo que hagamos en Madrid no afecta a la gobernabilidad vasca, avalamos un final de ETA sin atajos, y garantizamos la re-nacionalización de una España a punto de romperse’.

Al margen de la clase política, las organizaciones sociales y la población se preguntan: ¿Habrà un gobierno fuerte y duradero? ¿Puede serlo un gobierno de minoría, soportado en el Parlamento de Gasteiz por el mismo rival que hace una oposición implacable en el Congreso de Madrid? ¿Ensueño desiderativo? ¿Concesión a la libido? Volvamos a Freud. La psique humana no es solamente deseo, sino también consciencia y lucidez, destinadas a sostener una convivencia antagónica con el primero; es la lucha entre el ‘ello’ y el ‘yo’, entre el inconsciente y los contenidos conscientes de la mente humana; en suma, entre el principio de placer, cegado a la razón lógica, y el principio de realidad, que se esfuerza por adaptar el deseo a los datos que el yo percibe como ‘objetivos’. La pregunta es, entonces: ¿Hay elementos en la realidad política vasca y española favorables a la estabilidad del Gobierno socialista? Parece que sí.

Primero, la dura e incontrovertible realidad de la aritmética electoral. PSE y PP dan la suma de escaños necesaria y suficiente para gobernar; al contrario, ninguno puede hacerlo en solitario. Segundo, la realidad de la lógica de poder, vista desde un análisis elemental de la teoría de juegos. Socialistas y populares se encuentran ante un juego de carácter cooperativo tanto en el tablero vasco como en el tablero español. Respecto al

## Personas antes que proyectos paternos

CARME ALCOVERRO CATEDRÁTICA DE SECUNDARIA Y DIRECTORA DE LA REVISTA ‘ESCOLA CATALANA’

les más innovadores, lo que se vino a llamar escuelas activas (que hay quienes injustamente ridiculizan hoy). Las había en Euskadi y en Cataluña que enseñaban casi claudestamente en la lengua propia, pero, aunque pocas, también las había en Madrid. Todas ellas apostaban por desarrollar la creatividad como fundamento del aprendizaje. Y aunque hoy no quiero entrar en lo que es primero, si las rutinas (y el esfuerzo que conllevan) o la comprensión como motivaciones iniciales del aprendizaje, sí que les recomiendo ‘El artesano’, un libro del sociólogo americano Richard Sennet que se acaba de publicar, en donde explica brillantemente el pa-

pel de las destrezas, y de la necesidad de la repetición para el desarrollo de la imaginación. Y extrae argumentos muy interesantes y polémicos, aplicables a la educación y que a mi modo de ver no contradicen lo que planteo en este artículo.

Hoy, con la universalización de la educación obligatoria, las exigencias de los padres sobre el futuro de sus hijos han crecido considerablemente, y se han extendido a amplias capas de la población: clases medias bajas e incluso clases bajas que tratan de imitar a las clases medias. Lo llevan a cabo desde hace tiempo con la elección de la escuela que consideran mejor para sus hijos, lo que